



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.
 D. Antonio Brea.
 Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.
 Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens F. de Córdova.
 D. Juan Vidal de Llobatera.
 D. Ramón Vila y Colomer.
 D. Tirso de Olazábal.
 D. Manuel Rodríguez Maillo.

Sr. Conde de Guernica.
 D. Gabriel J. Llompart.
 D. Carlos Cruz Rodríguez.
 D. Reynaldo Brea.

Todos los grabados que publica esta Ilustración, son originales é inéditos en España y en el Extranjero.



Tomás y malscarriqui

CARTA DE CARLOS V.

REAL DECRETO

ANSIANDO mi paternal corazón multiplicar en favor de mis leales vasallos muestras de gratitud y amor, y queriendo premiar los extraordinarios esfuerzos de estas heroicas provincias en la memoria del distinguido caudillo que con el auxilio del cielo supo confundir la revolución usurpadora, llenando de gloria á la nación entera y de asombro á toda Europa; para perpetuar su ilustre nombre, recompensar debidamente la lealtad y que sirva por siempre de noble emulación, de estímulo y de ejemplo á la fidelidad y al mérito, vengo en conceder al Capitán general de mis Reales ejércitos D. Tomás Zumalacárregui, grandeza de España de primera clase con los títulos de *duque de la Victoria* y *conde de Zumalacárregui*, para sí, sus hijos y descendientes legítimos, con relevo del pago de lanzas y medias anatas, reservándome señalar, exterminada la usurpación, las fincas y derechos territoriales que han de formar la vinculación anexa á la misma grandeza y sostener perpétuamente el decoro de la dignidad á que le elevo; siendo mi soberana voluntad que por el fallecimiento del agraciado y falta de hijos varones, entre desde luego en posesión de esta merced su hija primogénita doña Ignacia de Zumalacárregui, de quien pasará á sus hijos varones, y no teniéndolos á sus hijas, y de ellos á sus descendientes habidos de legítimo matrimonio, observándose la prelación de grado, edad, sexo y línea establecida en los mayorazgos regulares de España. Si la doña Ignacia muriese sin sucesión legítima, pasarán la grandeza y bienes á su hermana segunda doña Josefa Zumalacárregui, guardándose el mismo orden de suceder establecido para aquélla, y si ésta falleciese igualmente sin sucesión, recaerán bajo las expresadas reglas en la hija tercera doña Micaela Zumalacárregui y los que de ella viniesen; debiendo el heredero y sucesor en esta grandeza tomar siempre por primer apellido el de

Zumalacárregui, cualquiera que sea el de la casa á que en lo sucesivo pudiese ella pasar por enlaces matrimoniales, y quedando obligado á lo mismo durante el matrimonio, el que se case con la doña Ignacia ú otra de las sucesoras. Quiero además que al advenimiento de la paz se exhumen las gloriosas cenizas del general Zumalacárregui, del sencillo sepulcro en que hoy yacen, se trasladen á Ormaíztegui, y precedidas las correspondientes exequias, se depositen en un digno mausoleo con toda la solemnidad, aparato y pompa que sabrá desplegar la provincia de Guipúzcoa, á cuyo patriotismo y celo confío la ejecución de esta mi Real voluntad; que se erija en aquella villa en la misma época un monumento público que recuerde á las generaciones futuras las glorias de tan ilustre vasallo; que su nombre sea siempre el primero en la lista de los capitanes generales de mis ejércitos. Por último, tengo á bien conceder á la duquesa viuda, la banda de la orden de damas nobles de María Luisa. Tendréislo entendido, y dispondréis su cumplimiento.—Real de Villafranca, á 24 de mayo de 1836.

YO EL REY.

A Don Juan Bautista de Erro.

CARTA DE CARLOS VII.

Venecia, 10 de diciembre de 1886.

Mi querido Cerralbo: A nadie mejor que á tí puedo designar para que me represente en la inauguración del monumento á Zumalacárregui.

El culto tributado á la memoria del héroe, por todo español amante de las glorias nacionales, ha tomado forma y se ha esculpido en piedra, gracias á los esfuerzos de la celosa Junta iniciadora, dignamente presidida por tí.

Al escogerte para que me representes, quiero en tu persona honrar á todos tus compañeros de Junta, rindiéndoles público testimonio de la alta satisfacción con que os he visto llevar á feliz término vuestros trabajos.

Sobre la tumba del invicto capitán éus-

karo deposita una corona en mi nombre, y di á los hijos de aquella raza varonil, cuyas virtudes militares personificaba el gran caudillo, que en la figura de su inmortal compatriota saludo dos ideales que aprendí á reverenciar desde la infancia: el soldado español, y el libre ciudadano vasco.

A Dios que te guarde, mi querido Cerralbo, como de corazón lo desea tu afectísimo

CARLOS.

MONUMENTO Á ZUMALACARREGUI

SABIDO es el gran pensamiento que el amor á nuestras glorias, á las glorias carlistas, únicas de que la España moderna puede envanecerse, hizo nacer en algunos próceres é ilustres generales, dignos hijos de los Guzmanes y Toledos. Y decimos dignos, porque despreciando los halagos y reclamos de la secta liberal, tan extranjera como sus secuaces, y prestando atento oído á la voz de su conciencia y al cumplimiento de su deber, conservan pura su fé y honrados sus nombres, honrando á la Comunion católico-monárquica con su desinteresado y decidido apoyo. Levantar un monumento digno del hombre cuya memoria había de perpetuar, y que tan grande como el recuerdo, fuese admirado por las generaciones venideras como modelo de arte y símbolo del amor de un pueblo á uno de sus más preclaros hijos, fué el pensamiento de la Junta que dirigió los trabajos. Y creemos en verdad que consiguió su objeto; el monumento es digno del héroe á que se dedica y del pueblo que lo consagra.

La inauguración tuvo lugar el día 23 de diciembre de 1886, y aunque la Junta deseaba hacerlo en otro día distinto, circunstancias extraordinarias y dificultades materiales lo impidieron, teniendo que reducirse á una fecha y sujetarse á un tiempo de crudísimo invierno en que las nieves cubrían los campos é imposibilitaban los caminos; pero el entusiasmo del noble país vascongado venció una vez más cuantas contradicciones se oponían, y el 23 era reducida la apartada y pintoresca villa de Cegama para contener la muchedumbre inmensa de forasteros que de todo el país acudía á saludar la gloria imperecedera del insigne caudillo, al inaugurarse el magnífico monumento que ya es depositario de los preciosos restos del general Zumalacárregui.

Intentaremos dar una ligera idea de esta grandiosa obra, producto del amor y veneración de un entusiasta partido á su gloria más eminente, al héroe que personifica todas sus virtudes, todos sus merecimientos y páginas brillantísimas de su brillante historia.

Nosotros, y con nosotros cuantos prestan ardentísi-

mo é inextinguible culto á las legítimas celebridades, y en primer lugar á aquellas que nos pertenecen y se honraron con nuestro uniforme y con servir nuestra bandera, todos los tradicionalistas de España estaban sin duda con el corazón y el deseo en la poética iglesia de Cegama.

El monumento resulta grandioso, de una esmerada y libre ejecución, con esa valentía en el toque, que es la obra del verdadero arte, y con esa sencillez grandiosa en el conjunto, que es idea de permanente belleza: los detalles están prolija y finamente tratados; las grandes masas se desarrollan en tan bien entendida gradación, que la vista camina entre cornisas y adornos, siempre en proporción creciente, y con naturales y amplios descensos, que ofrecen ellas mismas. La riqueza y altura del pedestal, las curvas líneas del romano sarcófago, las esbeltas y gigantes pilastras y el hermoso arrojé de la archivolta, están perfectamente entendidos, agrupados y llevan la vista al objeto primordial, al foco artístico y escultural de la obra, á la magnífica estatua.

Reciba, pues, el Sr. D. Francisco Font y Pons la más cumplida enhorabuena por su excelente obra que recompensará con la fama el entusiasmo y esmero con que la realizó.

Compónese el magnífico monumento de unas hermosas gradas en mármol oscuro sobre las que descansa un gran pedestal adornado con dos orlas de escudos, representando los de varias provincias españolas, y las restantes tienen los suyos en la esbelta y labrada archivolta que corona el monumento.

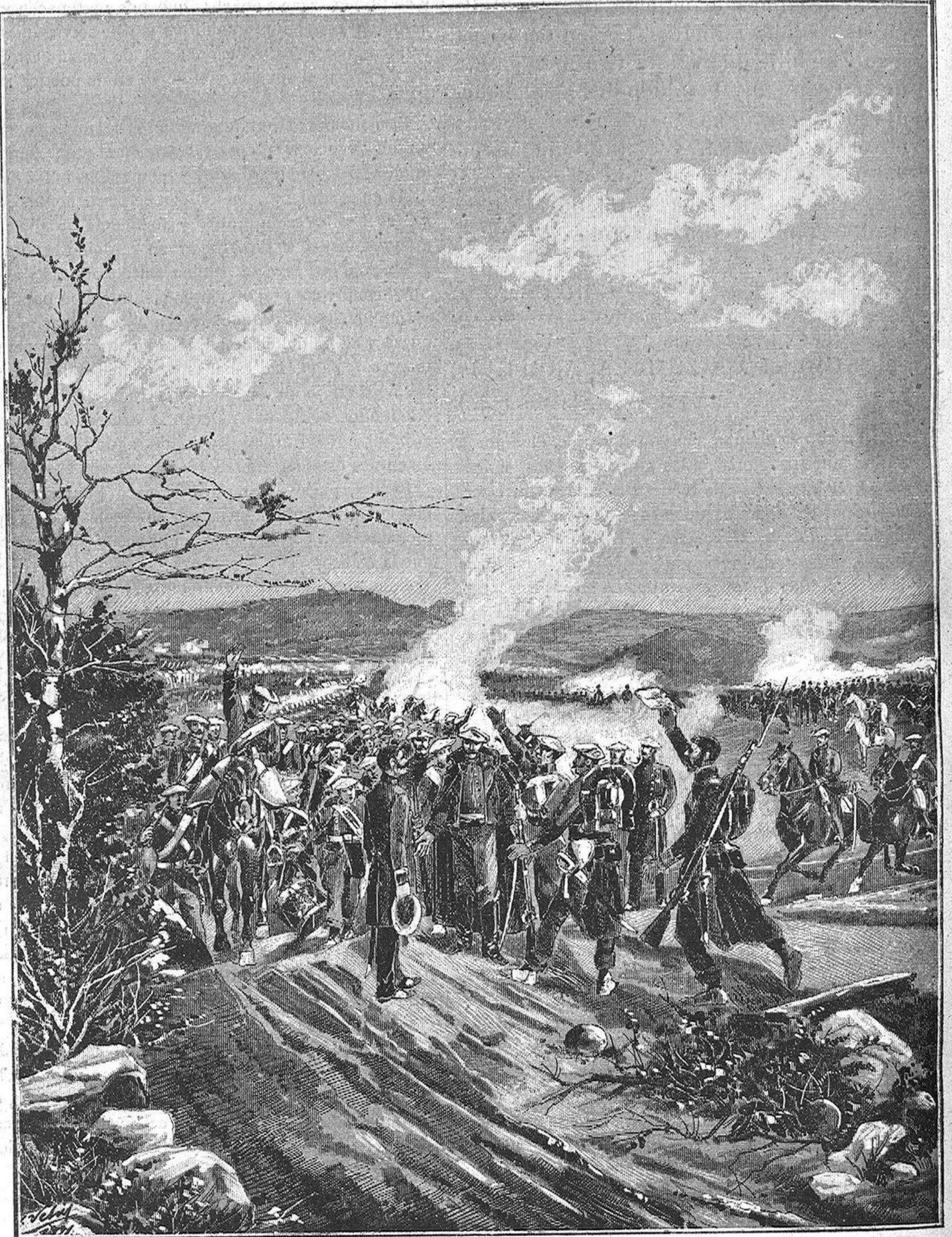
Descansa sobre el pedestal un severo y clásico sarcófago en rojo mármol de Rentería, y sobre él se alza la grandiosa y sublime estatua de más de dos metros, en mármol de Carrara, fiel retrato y afortunadísima representación del General.

El joven artista Sr. Font, ha sabido infundir en el mármol la grandeza y la sublimidad de aquella heroica voluntad, de aquella privilegiada inteligencia y de aquel profundo conocer y apercibir que constituyen el carácter del General y la severidad y arrojo temerario del héroe: la actitud es digna, solemne y hermosa, sin el aparato teatral que rechazan el arte y la representación del personaje.

Dan fondo y realce á todo el monumento grandes piezas de mármol azulado que encuadran y limitan las estriadas pilastras con ricos y hermosos capiteles, de los que arrancan la ya indicada archivolta, levantando sobre el conjunto sus grandiosos brazos la salvadora cruz.

Por inscripción no tiene otra que el nombre de *Zumalacárregui*, hermoso privilegio de la verdadera grandeza, que se extiende en todos los idiomas y se respeta en todos los pueblos.

La sublime ceremonia de la inauguración fué extensa y detalladamente descrita por los periódicos de aquella época; pero no renunciamos por ello á consignar aquí también el esmero y generosidad con que contribuyeron á dar mayor realce al acto los cantores y coros que, dirigidos por el presbítero Sr. Zabala, in-

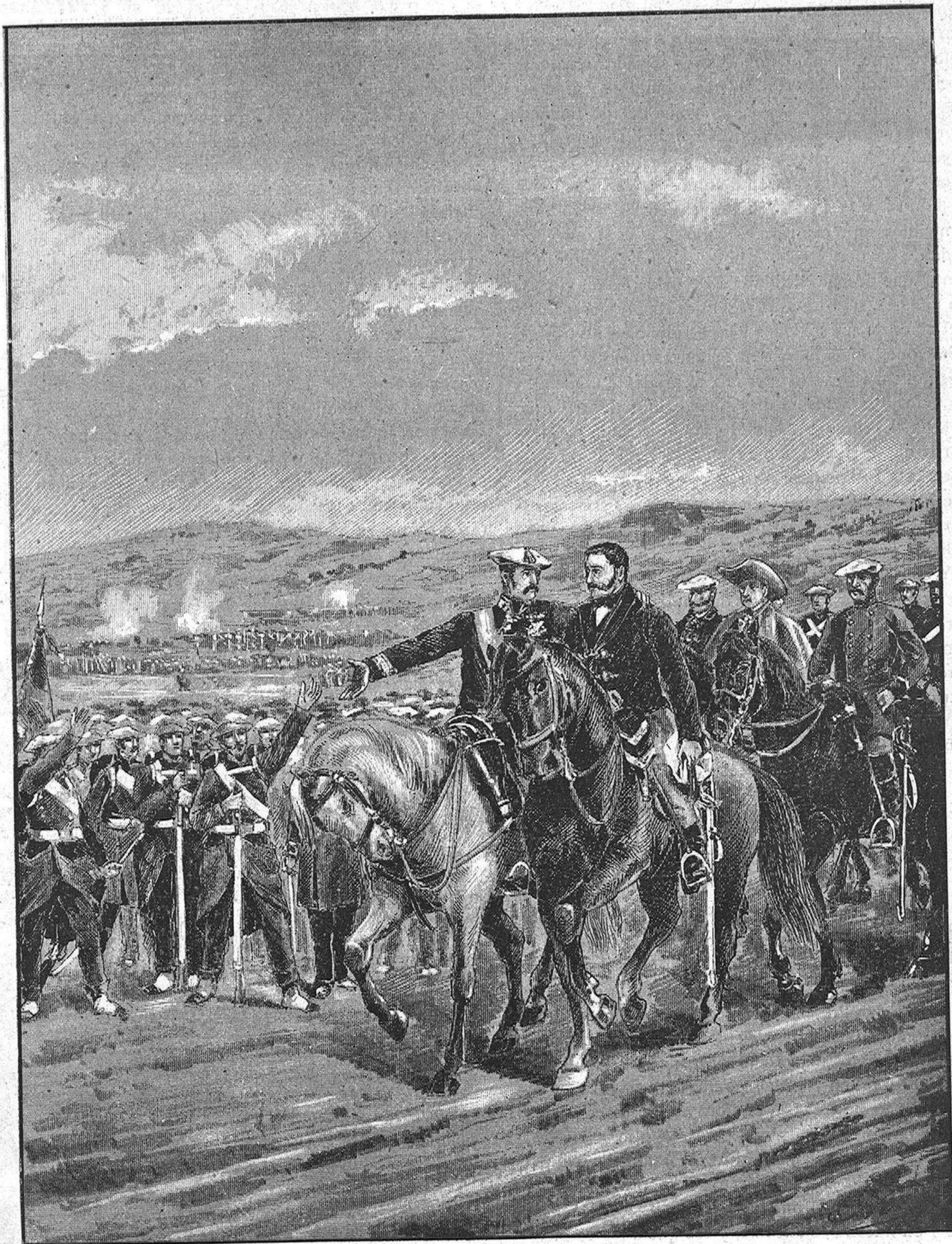


Zumalacárregui en Huarte-Araquil.

terpretaron con admirable maestría la grandiosa misa de Eslava, que fué oficiada por el presbítero Sr. Zumalacárregui, pariente del General, con gran asistencia

de clero, en el que había digna representación de todas las villas y ciudades inmediatas.

Muchas fueron las personas importantes que asistie-



Zumalacárregui en Elizondo.—Entrevista de Carlos V con su caudillo.

ron al acto de la inauguración á pesar de todas las contrariedades de que hemos hecho mérito, y sobre todas, la de no poderse dar la publicidad necesaria por razones de circunstancia, pues de lo contrario no

dudamos que habrían acudido los pueblos en masa, ya que de este modo se reducía la numerosísima asistencia á representaciones del país.

Largos y tristes años transcurrieron los preciosos

restos del General casi ocultos bajo la tarima de un sencillo altar; pero no fué por abandono, no porque el partido carlista hubiese olvidado á su caudillo, sino que siempre esperando oportuno y salvador momento, y siempre deseando realizar una admirable y grandísima obra digna del héroe, le había dejado teniendo por monumento la colosal pirámide de Descarga, por leyenda todos aquellos montes, y por túmulo el grandioso y entusiasta corazón de todos los carlistas.

¡Gloria á la santa Causa que con sus sacrosantos principios supo cautivar el corazón y la inteligencia toda de sus más preclaros hijos! ¡Gloria al invicto General, que después de llevar á sus soldados de victoria en victoria, supo ir á la región celestial acompañado del amor de sus soldados y las bendiciones de tres generaciones que admiran en Zumalacárregui al ferviente católico, al invicto guerrero, al prudente General y en todos sus actos al más amante hijo de su Patria! ¡Gloria al Príncipe que enorbolando la santa bandera por la que vertió su sangre Zumalacárregui, promete dar á esta España gloriosos días de prosperidad y al Cielo escogido plantel de mártires! ¡Gloria á este pueblo que supo conservar pura su fe, como la conservó el héroe que ahora recordamos!

Y consagremos también un recuerdo de gratitud á los Excmos. Sres. Marqueses de Valde-Espina, de Villadarias, de la Romana, de Vallecerrato y de Castrillo y á los Generales D. Francisco Cervero y D. Carlos Calderón, de la Junta directiva, y á cuyo celo, actividad y patriotismo se debió tan especialmente la erección del mausoleo decretada ya por Carlos V en su Real de Villafraña el 24 de Mayo de 1836.

EL MARQUÉS DE CERRALBO.

ZUMALACARREGUI Y CABRERA

Los nombres con que encabezamos el presente estudio han sido los que la fama ha encumbrado á los primeros puestos en la guerra de los siete años. Prescindamos por un momento de la funesta caída del último, alejemos nuestro pensamiento de su desdichada abjuración para no ver en él más que al General en Jefe del ejército carlista del Centro y vamos á demostrar con el libro de la historia en la mano que, á pesar de los servicios de uno y otro insigne caudillo, ni por un instante siquiera cabe compararlos, pudiendo sólo calificar al segundo como la oscura sombra del primero. Estudiémoslos, pues, en Dios y en nuestra conciencia, y eso que á los comienzos de la Guerra civil primera ó sea al elevarse de paisano á General el Sr. D. Ramón Cabrera en el breve transcurso de dos años, confesamos paladinamente que las ventajas no estaban á favor de Zumalacárregui, cuya carrera entonces estaba terminada.

En efecto, en 1833, al darse el primer grito legitimista en España, D. Tomás Zumalacárregui llegó al ejército de Don Carlos M.^o Isidro de Borbón precedi-

do de una brillante historia militar, habiendo desempeñado el empleo de Coronel del Regimiento núm 14 y el gobierno militar del Ferrol, al paso que en la misma época Cabrera no pasaba de ser un seminarista bullicioso, que habiendo ahorcado los hábitos y de quien nada se sabía, vióse que, empujado por el Brigadier Carnicer, pudo ostentar en 1835 los galones de Coronel. Claro es, por consiguiente, que D. Tomás llevaba ya andado más de la mitad de su camino cuando D. Ramón no figuraba ni en los cuadros del ejército. Es así que á los dos años se igualó éste en categoría con aquél, luego la cantidad de trabajo desarrollada por Cabrera debió ser excesivamente mayor que la de Zumalacárregui.

¿Cómo es que después, andando los tiempos (y volvemos á repetir que nos olvidamos por completo del borrón echado por Cabrera en su historia poco antes de morir) los nombres de uno y otro se distanciaron, tanto por lo menos como al principio lo estaban? A nuestro entender, sólo hay una razón y duélenos consignarlo así, por más que al emitirla, somos consecuentes con lo que pensábamos en Estella en 1874 (1). La razón es que en los tiempos que corremos no basta ser organizador entendido y bravo militar, es preciso no desmentir por hecho alguno reprobable la historia de los que están á la cabeza de los ejércitos, es preciso que el modo de ser público y privado de la entidad que manda, sirva de noble ejemplo á los demás, y desgraciadamente la portentosa historia militar del caudillo tortosino no carece de lunares, mientras que la del héroe guipuzcoano es tan limpia y transparente, que aún sus mismos enemigos, al ser vencidos por él, no han podido quejarse nunca sino de su adversa fortuna.

Véase sinó, aún imperando la ley de las represalias en los ejércitos liberal y carlista, jamás Zumalacárregui se ensangrentó con el vencido, antes bien dulcificó cuanto pudo la ley que se veía obligado á sostener. En cambio, recordemos siquiera de nombre la horri-

(1) No recordamos la fecha, pero en la Plaza de S. Juan hallábanse reunidos algunos jefes y oficiales carlistas en aquella época, precisamente comentando la noticia que corría entonces muy válida, de que el General Cabrera iría próximamente á encargarse del mando en Jefe del Norte, en sustitución del General D. Joaquín Elio, que se hallaba enfermo y achacoso. Pues bien, como no nos duelen prendas, el que esto escribe, al oír los encontrados pareceres que se cruzaron entre el grupo de sus compañeros (que no le dejarán mentir, pues aún viven casi todos) dijo estas ó parecidas palabras, que merecieron el asentimiento de los demás. — «Yo no creo en el actual carlismo de D. Ramón Cabrera: yo, como militar y carlista acato y respeto cuanto mande el Rey, pero como abrigo la íntima convicción de que sustituido el leal y consecuente D. Joaquín Elio, último resto de los descendientes de Zumalacárregui, iremos á la disolución, pediré respetuosamente licencia y marcharé á Francia, pues no quiero contribuir con mi obediencia á la segura muerte del ejército carlista. El General Elio tiene una limpia historia, y hoy pienso que no es católico ni carlista el general que conociendo el prestigio de su nombre, ha tardado tanto tiempo en poner en la balanza de la Causa tres veces santa el nombre bien ó mal adquirido en las guerras civiles. Es tarde ya.»

ble hecatombe de Burjasot y otros hechos más que deslustran los laureles que alcanzara Cabrera en los campos de batalla y antes todavía el de entendido y afortunado organizador de catalanes y valencianos (1). De tal magnitud son y de tal naturaleza deslustran estos borrones la historia de Cabrera, que oscurecen y borran por completo las brillantes acciones de Terrer, Bañón, Cherta, Buñol, Herrera y Maella, así como los laureles que ciñeron su frente en Cantavieja, San Mateo, Córdoba y Morella.

Posible es que en la somera relación de nombres que dejamos apuntada se iguale al héroe guipuzcoano, y sin embargo, repetimos, hubo entre uno y otro General carlista un vacío imposible de salvar por Cabrera, porque estaba lleno de las víctimas inmoladas por él, al paso que el recuerdo de Zumalacárregui se engrandece cada vez más á medida que los días transcurren y sus hazañas llegaron á ser tan legendarias que tocan á la epopeya.

Este aguerrido general (y cuenta que hemos estudiado detenidamente su vida, y aunque no hubiera sido así, sus émulos no hubieran dejado de señalar sus lunares) siempre tan caballeroso como valiente, obligado por el alto cargo de que se hallaba investido á atenerse á la funesta y cruel ley de las represalias, jamás la puso en práctica sin llenar todas las formalidades legales y atenuando en lo posible el rigor de las ordenanzas militares. Por sus enemigos vióse obligado á fusilar al desventurado Conde de Viamanuel, y sin embargo, no hubo medio á que no apelara con el Ge-

(1) Prescindiendo de hechos poco importantes, nos limitaremos á recordar algunos, que hasta la fecha, no han sido desmentidos ni atenuados por las historias y pesan como losas de plomo sobre su memoria. Antes de la muerte de su desventurada madre, fusiló una Compañía del Provincial de Ciudad Real, no respetando las condiciones con que se entregaron: el mal trato, seguido del fusilamiento de los alcaldes de Valdealgofa y Torrecilla, por haber dado conocimiento al enemigo de la situación de sus fuerzas: el festín celebrado en Burjasot á presencia de enemigos prisioneros á quienes al final sacrificaron: el fusilamiento de 46 de Truquet y 55 prisioneros de Villamalefa y por último el fusilamiento, precedido de mal trato y vejaciones hechas á los prisioneros de la acción de Herrera que llegaron á un número respetable. Creemos que basta y sobra para juzgar. Dos palabras para concluir. Uno de los hechos precisamente que oscurecen la fama de Cabrera fué en nuestro sentir el gran número de personas que sacrificó en desagravio del asesinato de su inocente madre. Indudable es que hay que tener muy en cuenta las pasiones humanas, y conceder, como desde luego concedemos, que en el primer momento, dominado y enloquecido por su sentimiento, diera la orden de fusilar á *todos* los que se encontraran en su poder. Todo esto podríamos todavía conceder, si en el momento de verse cara á cara con el que suponía el matador de su madre, hubiera concluido con él. Pero no fué así: en Londres se encontraron emigrados después del 43 los Generales Cabrera y Noguera, y no sabemos que entre los dos mediara el más pequeño altercado, no ya el desbordamiento del odio con que el primero debió mirar al segundo. Esto justifica el que pensemos que su fama de sanguinario era merecida, pues entre todas las personas á quienes privara de la vida, no se hallaba el verdadero causante de su desventura.

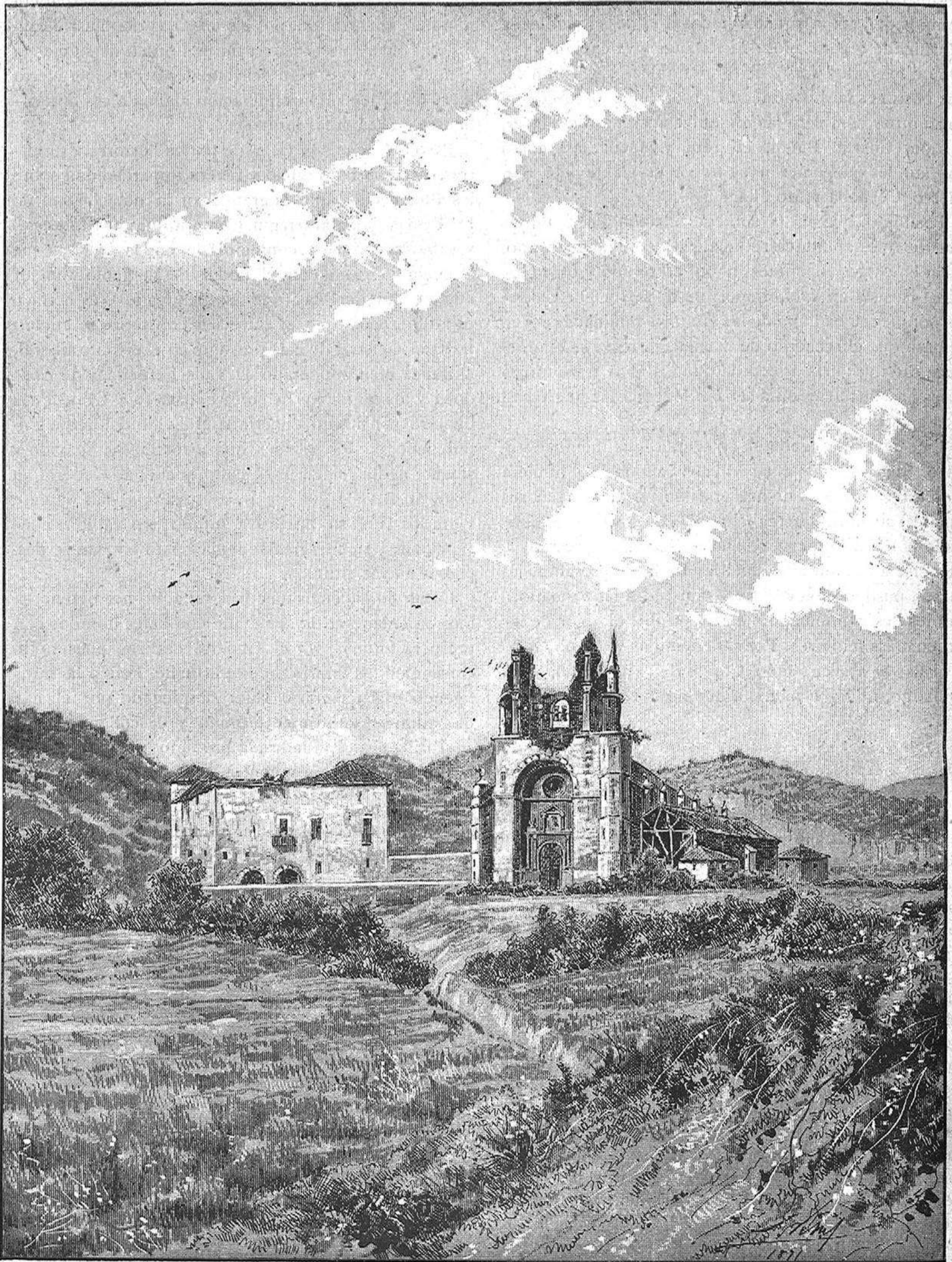
neral contrario para cambiar la vida de su prisionero por la de otros de los suyos. Lágrimas de verdadera impotencia corrieron por las mejillas del ilustre caudillo al tener que firmar la funesta orden de su ejecución. Y eso que el General Zumalacárregui fué puesto fuera de la ley sin consideración alguna á sus antecedentes y altas dotes militares (1).

Pero apartemos la vista de tantos horrores y discurremos con sereno juicio y severa imparcialidad sobre los altos hechos que engrandecen la noble figura de D. Tomás Zumalacárregui. Como militar pundonoroso y valiente podemos contemplarle en las batallas que al enemigo ganó con el poder de su genio y mejor aún en sus derrotas (que también las tuvo el heroico caudillo). ¿Cómo nó, si entre sus contrarios se encontraba el General de más prestigio en el ejército liberal, el nunca bien ponderado D. Luis Fernández de Córdoba y los no menos célebres Espartero y Oráa? Pues bien, mayor mérito encerraba el genio del héroe guipuzcoano en los reveses que arrostraba impávido y sereno; nadie rendía más culto que él al General *no importa*. A veces, de sus reveses, surgía más potente y grande en él su iniciativa militar, sus rápidas concepciones y su enérgica actividad para levantarse después á mayor altura.

Como no hacemos una biografía, no nos detendremos en enumerar la serie de combates librados con próspera fortuna por el General carlista, pues no lo consienten los límites de este artículo. Pero á la inteligencia y al temerario valor desplegado por él hay que admirar en primer término y descollando entre sus brillantes cualidades, la prodigiosa movilidad que imprimió á sus tropas, contra la cual no había medio

(1) A propósito de este asunto, consignaremos con verdadera fruición dos episodios que ennoblecen á los que los llevaron á cabo, ocurridos durante la última Guerra Civil. El uno fué cuando el procesamiento del bizarro cuanto desgraciado Coronel Lozano. Por aquel entonces, había en poder de los carlistas un coronel y dos brigadieres prisioneros. Á la propuesta que para su canje por Lozano les hizo el egregio Príncipe que se hallaba á la cabeza del ejército carlista, respondió el gobierno liberal con el fusilamiento del valiente Coronel, á pesar de lo cual, Don Carlos de Borbón, lejos de contestar á semejante inhumana provocación, consintió que sus prisioneros se canjearan después.

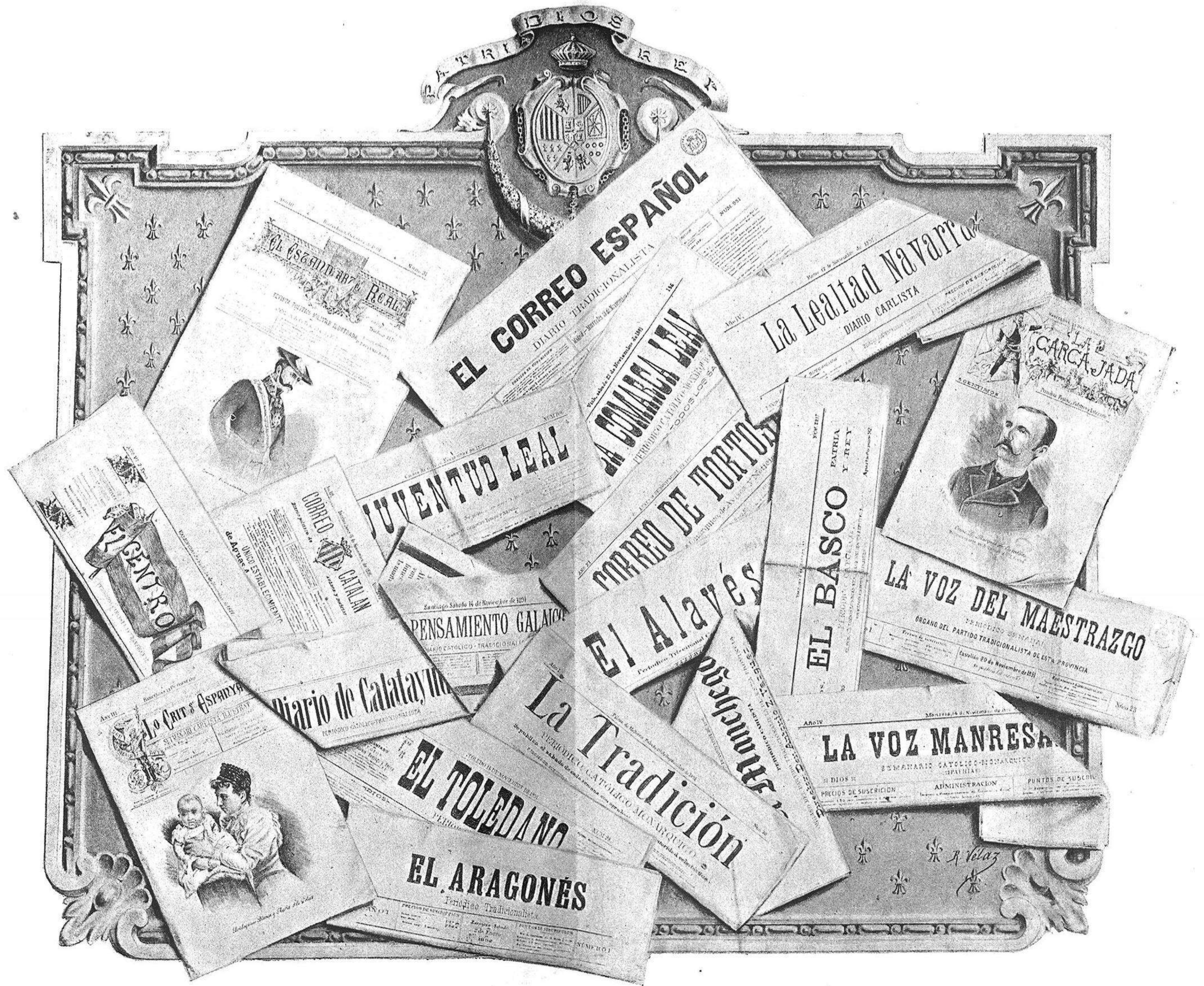
El otro hecho ocurrió antes y tuvimos la suerte de presenciárselo. Hallábase parte de la división de Navarra acantonada en Villaverde de Trucios, en los días del sitio de Portugalete. Su digno Comandante general D. Nicolás Ollo, paseaba por su alojamiento estrujando en sus manos un papel. El que esto escribe, á quien el noble General distinguía muy por encima de sus escasos merecimientos, entró á verle, prevenido del caso por sus ayudantes, y á la primer pregunta que hubo de dirigirle contestó Ollo enseñándole un escrito en que se le daba parte de haber sido cogido por sus avanzadas, un espía, convicto y confesó de su delito. Sabido es que todo espía está fuera de la Ley y que la milicia castiga aquel delito con pena de muerte. Pues bien el, *Ordenancista* general prefirió enviar el espía preso á Estella, más bien que ensangrentarse, por más de que nadie podría echarle en cara en adelante, el haber obrado de otro modo. ¡Loor á Don Carlos y loor á su General!



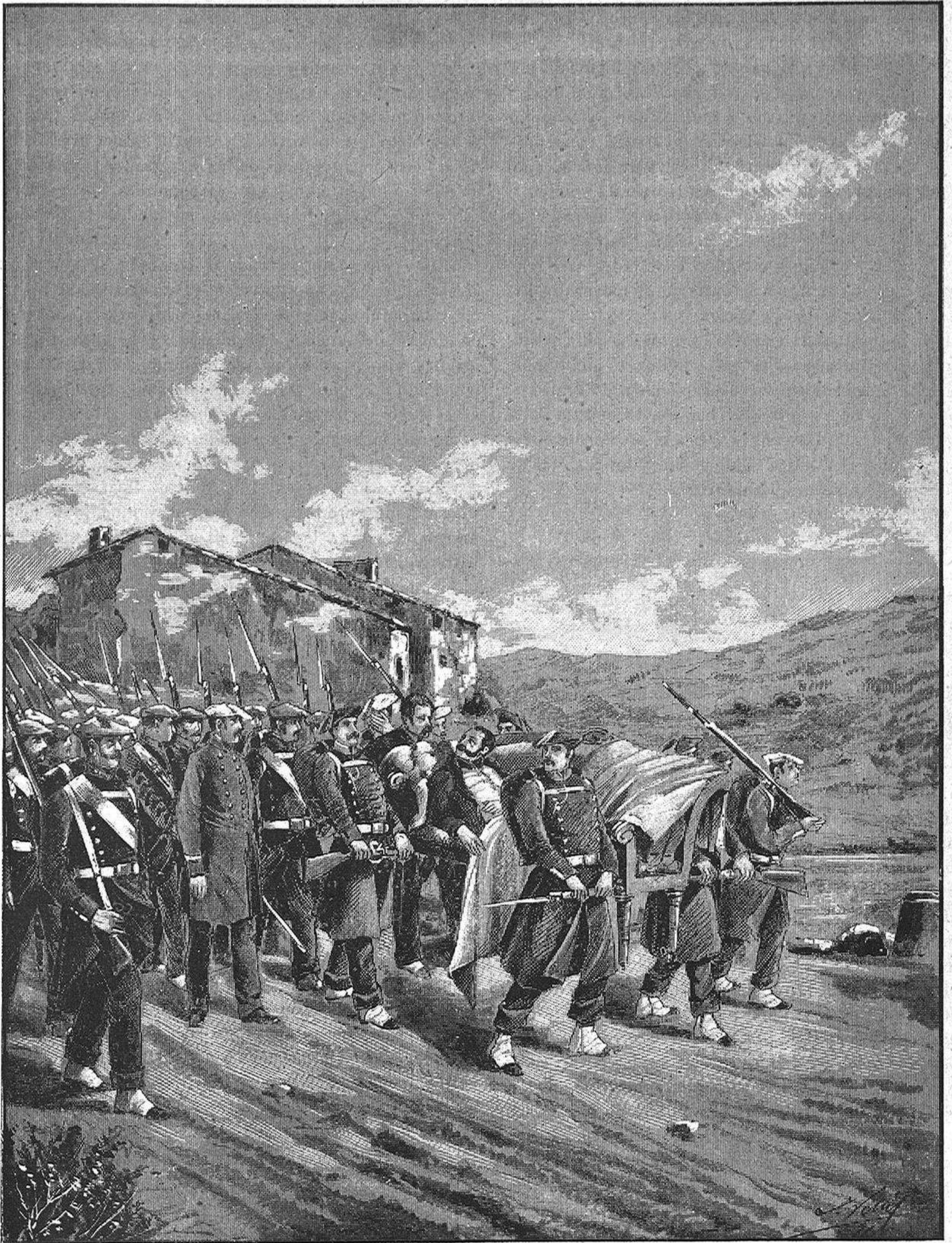
Iglesia de Nuestra Señora de Begonia y casa en que fué herido Zumalacárregui.

de obtener ventaja alguna. Veces hubo de encontrarse rodeado por 12.000 hombres, como ocurrió en la invasión de las Amézcoas por el General Rodil y no só-

lo salir de tan tupida red, sino hacer prisioneras á las avanzadas enemigas, revolviéndose sobre la columna Carondelet, y destrozándola completamente en las



ENERO DE 1892.—PRENSA CARLISTA ESPAÑOLA.—DIBUJO DE R. VÉLAZ.



Zumalacárregui herido.

Peñas de San Fausto. No había falta que el enemigo cometiera de que él no se aprovechara con aquella intuición clarísima de su privilegiada inteligencia. Tal

aconteció al desdichado O'Doyle, cuando seguro en sus acantonamientos de que Zumalacárregui tenía harto de qué ocuparse en escapar de las Divisiones de

Lorenzo y Oráa, se vió de pronto sorprendido por las fuerzas carlistas, siendo tan inesperada y completa la derrota de la Brigada liberal, que cayó prisionera toda su fuerza incluso el mismo Brigadier cristino.

No concluiríamos si hubiéramos de relatar uno por uno siquiera el nombre de sus victorias, combinaciones y sorpresas. Han pasado muchos años, y la mejor prueba del valor de Zumalacárregui es que su memoria se agranda conforme nos alejamos de aquella época tan fecunda en hechos de renombrada resonancia. Lo único que como españoles podemos lamentar, es que tan heroico caudillo no tuviera ocasión de emplear contra enemigos extraños cualidades tan relevantes, que en una guerra extranjera, alcanzado hubieran los límites de la epopeya.

Hoy no nos queda más que la memoria pura y brillante y los altos ejemplos que nos legó el inolvidable General de las huestes carlistas que siempre será citado como el mejor entre los buenos Generales de la nación española. Descanse en paz el preclaro modelo cuyas virtudes militares sigan siempre los realistas de abolengo de nuestra querida patria.

Madrid, Septiembre, 1891.

A. B. G.

EL SOLDADO ESPAÑOL

AMANDO ante todo nuestra Religión y nuestra Patria, al considerar como si grande fué ésta siempre simbolizó sus glorias la Cruz de Jesucristo, al par que la Iglesia encontró firme apoyo en la fe de los españoles; nuestro amor á Dios y á España se completan mutuamente, constituyendo así el único sentimiento que deseamos informe todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras, todas nuestras acciones, y en virtud del cual nos consagramos á defender la causa de Don Carlos de Borbón, representante de nuestras venerandas tradiciones católicas y españolas.

He aquí también, porque rendimos hoy justo aunque pobre tributo de amor y de respeto al *ideal* que nuestro Augusto Jefe *aprendió á reverenciar desde niño, al soldado español*, cuya intrepidez al arrostrar los peligros no cedía á su serenidad para conjurarlos, al jefe que sabía inspirar en el soldado esa confianza en sí propio, precursora del triunfo; al general que, haciendo tan pronto una ofensiva obstinada y rápida como una defensiva astuta, hallando el gran secreto de la victoria en las marchas y movimientos que la preceden, y perfecto conocedor de las condiciones morales y materiales de su ejército y del contrario, prevé los movimientos de éste, dirige las maniobras tácticas haciendo que el número y las armas estén en ventaja de sus órdenes, y bajo su mando eleva la guerra desde el ardid, á la batalla, desde la partida, hasta el ejército: al general Zumalacárregui, que al organizar en medio de la lucha un valiente ejército de 30.000 hombres, bien merece ser contado entre los maestros del sublime

arte de la guerra, garantía de la independencia y fuerza moral y material de las naciones.

Al expresar la veneración que sentimos hácia el *soldado español*, hacia la *gran figura del inmortal caudillo*, el justo homenaje que á su memoria rendimos, lo es asimismo al recuerdo de todos los que en uno ú otro terreno han defendido nuestra Causa, que así como se necesitan muchos rayos solares para formar al través de la lente potentes focos de luz y fuerza, así también en nuestra lucha todos los brazos son útiles, imprescindible toda clase de trabajos, necesarias todas las inteligencias.

Si hoy consagramos particular recuerdo al general Zumalacárregui, es porque en él reverenciamos al mismo tiempo una gloria de España, y un carlista muerto en función del servicio, cumpliendo con su deber, y los jóvenes, bisoños soldados que entrando há poco en la lucha aún no hemos podido fortalecer nuestro espíritu en el fragor de los combates, debemos templar nuestra alma, acostumbrándonos á la idea de la muerte, mejor que á la idea de la victoria.

Cuando á los acordes de la Marcha Real, entre las más ardientes protestas de adhesión, en medio de los entusiastas vivas y las frenéticas aclamaciones de sus leales voluntarios, *vencido por la adversa fortuna* pasó el puente de Arnegui, el egregio Príncipe, que prefirió volver al destierro antes que transigir con los enemigos de su Religión y de las verdaderas libertades de su Patria, al pisar el suelo extranjero se dirigió á los 10.000 valientes que le seguían á la emigración, tan fieles en la desgracia, como serenos, habían afrontado los peligros, y como última despedida les dijo: *¡volveré!* con la convicción profunda de quien tiene una misión grande que cumplir, y está resuelto á morir antes que faltar á su deber sagrado.

Concluyó la guerra, los que lo habían abandonado todo para batirse á la sombra del estandarte, símbolo de nuestras glorias, del estandarte de Pelayo y del Cid, de Gonzalo de Córdoba y del duque de Alba, de Daoiz y de Velarde; los que lo habían abandonado todo para pelear por la bandera en que nuestros abuelos escribieron *Dios, Patria y Rey*, con su sangre generosa, por la bandera que respetaron Francia, Flandes é Italia, eclipsó en Lepanto á la media luna, plantó los laureles de Bailén, Gerona y Zaragoza, y á la cual durante cuatro años hicieron desafiara altiva los huracanes revolucionarios, saludada victoriosa por las baterías de Monjardín y Seo de Urgel, Cantavieja y Arratzain, volvieron al seno de sus familias, sino contentos, tampoco disgustados, que en alas de sus sentimientos eminentemente católicos habían salido á campaña, y habiendo cumplido como buenos, si Dios les había negado el triunfo, habíales concedido la tranquilidad de su conciencia, que es lo que constituye la felicidad del cristiano, cuya bendita paz respiraban todas sus acciones y se reflejaba hasta en sus más insignificantes palabras.

Entonces (como en 1840) hubo quien dijo: *el partido carlista ha muerto*, y el vulgo, que no discurre, acogió la idea con entusiasmo.

Quince años han transcurrido ya, y hoy la misma insistencia con que la prensa liberal se ocupa de nosotros, aunque sólo sea para probar lo irrealizable de nuestros deseos, basta para probar cuán real y temida es nuestra existencia, porque *nadie murmura de los muertos*, dijese en memorable ocasión en el Congreso.

Y, en efecto, el partido carlista vive hoy como cuando el 23 de Octubre de 1833, y con el primer manifiesto de Carlos V, lanzó á la revolución el primer reto. Dos generaciones han pasado después, y, sin embargo, el partido carlista vive hoy tan vigoroso como cuando Zumalacárregui le guiaba á la victoria; cómo cuando en 1848 vengaba en Cataluña el fusilamiento de Alzáa en Guipúzcoa; como cuando en las Cortes del 69 y del 71 demostró que no le arredraba lo que el liberalismo llama la lucha legal de los partidos; vive hoy, como cuando derrotaba tropas aguerridas en Somorrostro y Monte Muro, en Lácar y en Castellfullit.

Su existencia no ha cambiado, porque la alientan los laureles de Arquijas, Barbastro, Morella y Villafraña, enlazados al través de los años con los de Eraul, Lumbier, Alpens y Mendizorrotz; porque le legaron su sangre Zumalacárregui, Olo y Andéchaga, porque inspiró su lealtad en la de Elfo, Gómez, el Conde de España, el Marqués de Valde-Espina y tantos otros héroes como han muerto en el campo de batalla, en la emigración ó arrinconados en su patria. Vive hoy como hace cincuenta y tres años, porque el carlista al jurar su bandera cuyo primer lema es Dios, jura consagrar á Este, cuanto posee en la actualidad, cuanto puede poseer en lo porvenir, el mayor ó menor fruto de su mejor ó peor inteligencia, todos sus cariños, toda su vida.

Y no se diga que ya sólo quedan entre nosotros *los viejos que se educaron á la antigua*, esos corazones de acero en los que nunca hicieron mella las seducciones del mundo liberal, y á cuya generosidad, á cuyo heroísmo no han rendido el justo homenaje los liberales porque no les han visto vencedores en Madrid.

Esos rectos y valerosos hombres que con su sangre derramada en aras de su santa intransigencia nos han enseñado á ser verdaderos católicos y verdaderos españoles, tal vez no vean el triunfo; pero detrás de ellos contemplan una generación que ha aprendido á vivir sin otro móvil que trabajar por la mayor gloria de Dios, que por ella ansía sacrificar hasta sus afectos más nobles y legítimos; una generación que, inspirada en su fe católica sólo ambiciona seguir el camino del martirio que le marcan los gloriosos nombres que esmaltan nuestra historia; una generación para la cual el gabinete de estudio no es sino la antesala del presidio por el Príncipe representante de nuestras venerandas tradiciones católicas y españolas, así como no vé en el fusil otra cosa que *el mango de la bayoneta*.

Tras la época de paz que atravesamos, día llegará en que en medio de las tinieblas en que por la ofuscación de unos y la maldad de otros, vemos envuelta nuestra patria, brotará la luz con que hayamos de descubrir el término feliz de sus desdichas; tal vez este día no esté lejano, y Dios quiera que llegue sin que ten-

gamos que atravesar antes largos días de luto, de desgracias. Hoy por hoy, en el templo, en el foro, donquiera dirigimos nuestra vista, contemplamos cuestiones religiosas ó políticas, problemas que resolver, y la historia, fuente inagotable de enseñanzas, nos muestra como los pueblos tienen que verse agitados por grandes conmociones para recobrar nueva vida; como Francia, cuando víctima de la anarquía aspiraba á destruir para siempre la Religión, que atormentaba su conciencia, y la monarquía que adoró siglos enteros, necesitó ver invadida por los ingleses la frontera del Norte, por los españoles la de los Pirineos, por los alemanes la del Rhin, por los piemonteses las de los Alpes, independiente Lyon y levantada en armas la Vendée, para sacudir su letargo y corriendo á las armas lanzarse á los campos de Valmy, Jemaupes y Fleurus, conquistar Holanda y Bélgica, y en fin, formar aquel gran capitán que resumiendo los adelantos debidos á Federico II, Condé, Vauban y Turena, acomete las empresas más gigantescas y hace que las mismas turbas degradadas que habían manchado la historia de su patria, recorrieran victoriosas toda Europa cubriendo de gloria las águilas del Imperio. En esos días de crisis y de prueba los que, aún deplorando la división de la patria en las dos grandes fracciones que llevan ya cincuenta y ocho años de lucha, tomamos parte en ésta sólo por considerarlo deber ineludible, sagrado, para ser capaces de toda la abnegación que necesitamos hemos de templar nuestra alma en las virtudes y el estudio, pero ante todo debemos acostumbrarnos á la idea de la muerte, porque quizá seamos llamados á resolver una cuestión vital para la patria y sólo podríamos cumplir con nuestro deber contemplando en el glorioso fin de Zumalacárregui, el mejor galardón á que pudiese aspirar nuestra lealtad.

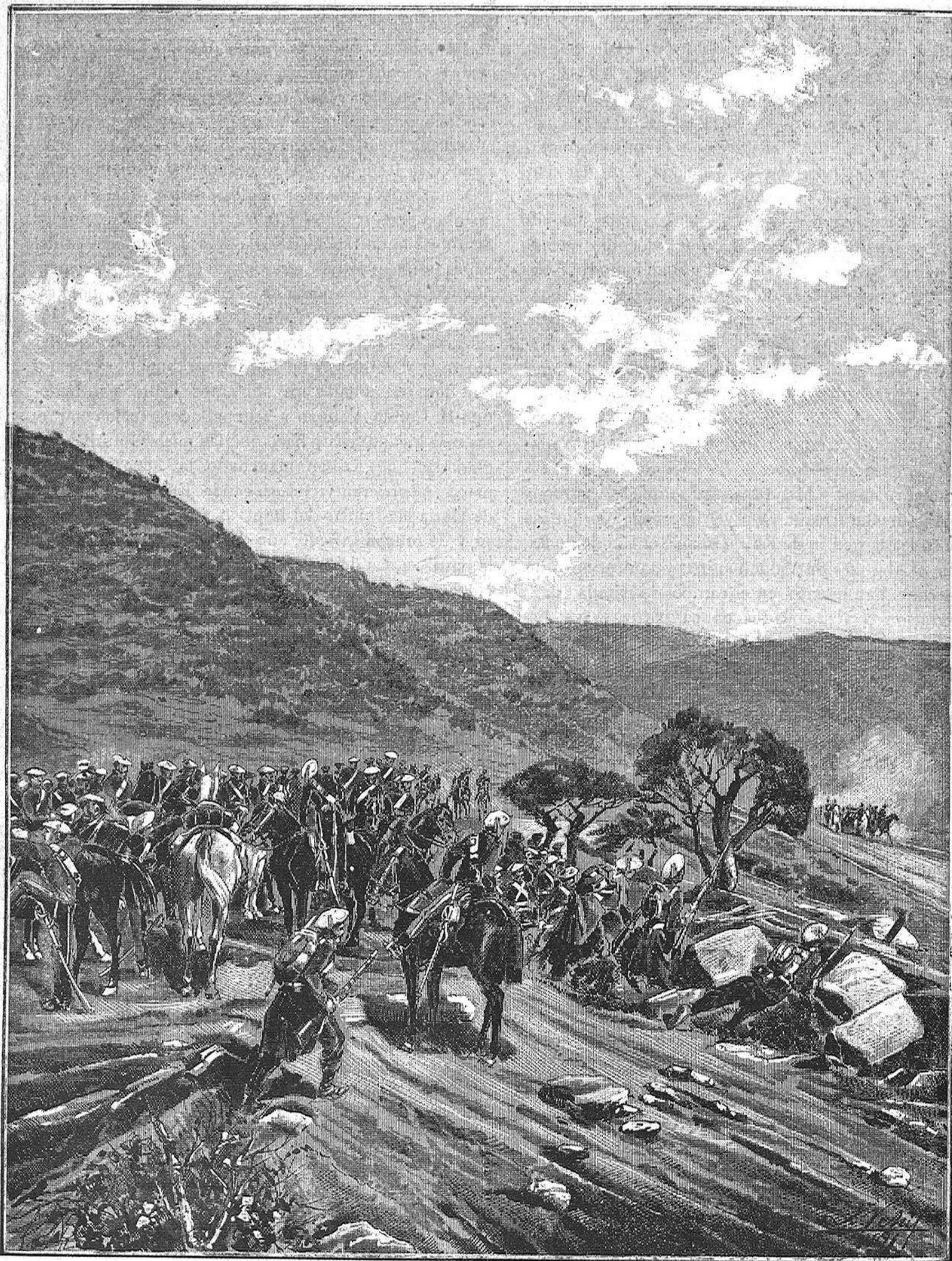
REYNALDO BREA

ZUMALACARREGUI

JUZGADO POR LIBERALES

Los que contra Zumalacárregui luchamos re-
 » conocimos siempre sus cualidades extraordi-
 » narias, y á nadie extrañará que yo las recuer-
 » de ahora á grandes rasgos, rindiendo así justo home-
 » naje á una de las figuras más esclarecidas de nuestra
 » historia contemporánea. »

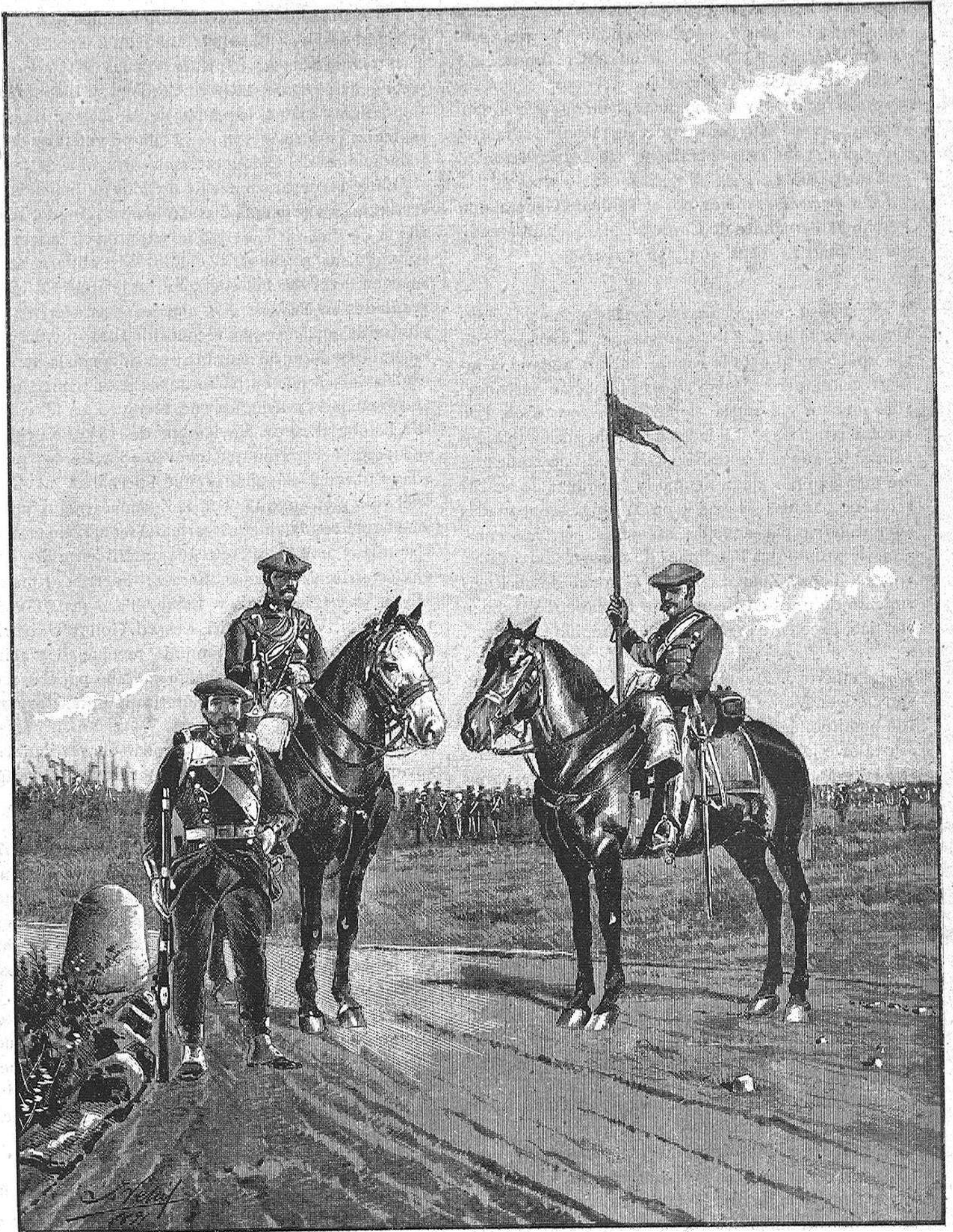
« En todos los ejércitos y en todos los tiempos se ha
 » considerado siempre que las principales cualidades
 » del jefe militar estriban en sus dotes de mando para
 » mantener el orden, la organización y la disciplina de
 » las tropas, y que es prenda y garantía de victoria el
 » conservar estas condiciones de su ejército en medio
 » de la guerra, cuando todos sus accidentes contribu-
 » yen cada día á destruirlas. Las guerras principian co-
 » munmente con tropas de largo tiempo formadas y
 » preparadas por medio de los elementos con que para



Emboscada.

»mantenerlas en orden y fuerza acuden, sin tasa de re-
 »cursos ni pérdida de tiempo, los gobiernos; pero en
 »España, el General Zumalacárregui desplegó para la

»organización de sus batallones y para la de la guerra
 »disposiciones tan relevantes, que la historia ofrece
 »escasos ejemplos de otros hombres que, improvisán -



Tipos carlistas de la primera guerra civil.

»dese generales desarrollaran facultades parecidas á
 »las que presentó Zumalacárregui á la admiración de
 »sus amigos y á las de sus propios contrarios. . . .
 » »

«Zumalacárregui, fué, bajo todos conceptos un pro-
 »digio que nadie superó ni aun ha igualado. . . .
 » »
 «Aquel hombre extraordinario, consiguió en muy

»poco tiempo afirmar en su tropa la disciplina más rigurosa, y haciéndose querer de los soldados, alcanzó de ellos y del país, el respeto, la confianza y el entusiasmo. Organizó con igual habilidad y firmeza una caballería costosa y difícilísima de obtener con sus escasos recursos, y formó una artillería que en muchos casos le bastó para rendir algunos de los fuertes atacados cuando sus operaciones se desarrollaron en mayor escala.»

(*Mis memorias íntimas*, por el Teniente General don Fernando Fernández de Córdoba, Marqués de Mendiatorría, tomo 1.º, págs. 194, 196 y 197.)

«Se supuso en aquella sazón que la persecución constante que se hacía á los carlistas, casi siempre con próspero suceso para la Reina, hubiera atajado la insurrección, pero existían en las provincias vascongadas muchos y grandes elementos de resistencia que prolongaban las hostilidades más de lo presumible. No obstante, aun allí se trabajó con decidido empeño y se mantuvo por algún tiempo la esperanza de acabar con las partidas sueltas y un tanto desconcertadas que vagaban por aquellas asperezas; pero aparecieron de pronto dos Batallones de navarros mandados por D. Tomás Zumalacárregui, Coronel de un Regimiento de línea en tiempos de Fernando VII, buen táctico, excelente organizador é intrépido soldado.»

«La muerte de Zumalacárregui, fué llorada en el campo carlista. Varón digno de mejor fortuna y fin, y que de humilde lugar, con la grandeza de su corazón, con su valor é industria trabajó con guerra de tanto tiempo la grandeza de su Rey; no le quebrantaron las cosas adversas, ni las prósperas le ensorbecieron.»

«Murió Zumalacárregui, aquel sol de la milicia carlista, que quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dignas de ella.»

(*La Estafeta de Palacio*, por D. Ildefonso Antonio Bermejo, tomo 1.º, pág. 72 y 191.)

«Zumalacárregui estaba dotado de un profundo talento, un alma enérgica y un carácter espartano. Abarcaba con mirada de águila las situaciones más complicadas; tenía extraordinaria sagacidad, valor impasible, gran entusiasmo por la causa que defendía; conocía á fondo las condiciones topográficas del país vasco-navarro, las costumbres y aficiones de sus naturales; sabía herir las fibras del corazón de sus soldados y estimularlos y enardecerlos con el ejemplo y la palabra. Era un hombre de hierro, nacido para dominar, y que sin duda alguna, colocado en más amplio teatro, conquistara fama universal.»

(*La vida militar en España*, cuadros y dibujos de Cusachs, texto de Barado, pág. 221.)

«Vivía retirado en Pamplona un soldado de la guerra de la Independencia, que después militó en las

facciones realistas durante el régimen constitucional y era Coronel de un Regimiento de línea á la proclamación de Doña Isabel II. Aunque D. Tomás Zumalacárregui había servido á las órdenes de Quesada, ni este general como tampoco Córdoba y Llauder, que tan adictos eran á la causa de la Reina, supieron apreciar para retener unido á ella un veterano de las condiciones del Coronel Zumalacárregui.»

«Entre las separaciones de mandos militares verificadas en los primeros días del nuevo reinado, se halló la de dicho jefe, al que no tardaron en buscar por caudillo sus paisanos, decididos á levantarse en armas en favor del Pretendiente. La jefatura de los levantados en Navarra, por algunos días ejercida por Iturralde, acabó por ser reconocido correspondía á los superiores dotes de mando que residían en la persona de Zumalacárregui á juicio de los jefes y oficiales de más señalado influjo, los que reunidos en la ciudad de Estella el 14 de Noviembre de 1833, de común acuerdo, declararon que convencidos de las prendas militares y políticas que adornaban al Coronel vivo y efectivo D. Tomás Zumalacárregui, unánimemente resolvían encargarle del mando superior de las tropas navarras. Acto que suscribieron los jefes Echavarría, Marichalar, Sarasa, Fuertes, Ripalda, Eyaralar y Charo, Sala y Larve, Tarragual, García, Zaratiegui, Verdiel, Zubiri, Echarti, Goñi y Ulibarri.»

«No era posible en tiempo de revolución y al iniciarse una guerra civil, que un caudillo popular recibiese una investidura más autorizada ni más competente.»

«Los sucesos que van á desarrollarse no tardaron en evidenciar el acierto con que procedieron los carlistas navarros.»

«Cuando una guerra civil llega á tener jefes del temple de Zumalacárregui, acaba siempre por formar soldados merecedores de este nombre, los que una vez que llegan á organizarse, las guerras civiles se prolongan y acaban como debía concluir en Vergara la de que nos ocupamos, por una transacción honrosa.»

«Bastante dejamos dicho sobre el temple moral de Zumalacárregui, para que se necesiten nuevas pruebas en comprobación de la general creencia de que á aquel hombre fué casi exclusivamente debido el inmenso partido que supo sacar para formar un ejército aguerrido, y conducirlo á repetidos triunfos, en un territorio tan limitado y falto de recursos como relativamente á la entidad de la empresa lo eran las provincias en que operaba.»

«En aquella sucesión de triunfos para los carlistas, hicieron dueños de considerable armamento, municiones, víveres y pertrechos de guerra, coronando el caudillo navarro con tan multiplicados y esplendentes trofeos, una carrera de gloria que no han cercenado á su fama sus contemporáneos, ni que le negará tampoco la historia.»

«El vacío que en su partido dejó aquel hombre extraordinario, tuvo grande eco y fué exactamente apreciado por la opinión pública de Europa.»

(*Historia General de España*, por D. Modesto Lafuente, continuada hasta nuestros días por D. Juan Valera, tomo 20.º, páginas 15, 16, 28, 108, 169 y 200.

MANIFIESTO DE ZUMALACÁRREGUI

NAVARROS:

Quesada, hombre conocido entre nosotros por haber combatido contra el sistema constitucional en este reino, y en la actualidad principal caudillo de la revolución que hoy aflige á nuestra patria, ha tenido la audacia de remitirnos varios mensajes, todos ellos reducidos á que (con infamia de nuestra reputación) entreguemos las armas que empuñamos para colocar en el trono de San Fernando al virtuoso y amado Carlos V de Castilla y VIII de Navarra.

Navarros, al verme en el inevitable caso de contestarle sin contar con la plenitud de votos de todos nuestros compañeros de armas, de común consentimiento de los jefes y oficiales hoy reunidos en en este cuartel general; me he revestido de todo el carácter y firmeza que debe hacerlo aquel que es el órgano de los sentimientos del pueblo navarro. No es en Noain, como pretende el sanguinario Quesada, donde ha de avistarse con los jefes del ejército de Navarra, sino en el campo de batalla: tampoco es á la cabeza del puente de Lodosa ó de Logroño, rindiendo las armas como hombres que no supieron sostenerlas, sino después que centenas de revolucionarios, y aun él mismo, sean despojo de la muerte. Arroyos de sangre, incendios y saqueos, son la imagen que su feroz carácter nos presenta; pero ¿qué vale todo esto si las naciones todas cuantas habitan en el globo admirarán vuestro valor y decisión? El nombre de héroes no se gana sino á costa de sacrificios: los países son respetados solamente á proporción de sus virtudes. Nosotros, todos sabremos morir antes que sucumbir á un gobierno cuyos principios elementales son la impiedad y la tiranía; las armas nos darán lo que las humanas teorías quieren usurparnos; y finalmente, Carlos V, destinado por el cielo á ocupar el trono español, no dirá que ha puesto en vano su principal confianza en los navarros.

La fidelidad navarra, constante siempre en sus empresas, conserva ileso su bien merecido renombre: las naciones de la tierra celebrarán de mil modos nuestra unánime resolución, y antes de poco, en unión con nuestro soberano, romperemos la cabeza á la hidra revolucionaria. Pueblos de Navarra, personas de todas clases que ansiáis á Carlos V, respetables prelados, todos, todos uníos á mí; tiempo ha llegado en que ya no podréis disfrutar del reposo de vuestros hogares, pues que impunes é indefensos seréis víctimaa desgraciadas del mónstruo sanguinario que pisa nuestro sagrado suelo. Jóvenes navarros, venid todos; engrosad

nuestras filas, sed compañeros de las glorias militares y fatigas de los demás, y contribuir á acabar pronto con cuantos cristinos han venido, los que en ninguna manera han sido, son, ni serán tan esforzados como vosotros.

Repetid el juramento conmigo ¡Carlos ó la muerte! ¡vencer ó morir! esta es la divisa de vuestro comandante general.—Tomás de Zumalacárregui.—Cuartel general de Lumbier, 8 de marzo de 1834.

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Zumalacárregui.

(Gran lámina suelta.)

Véase el artículo del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Retrato.

«Don Tomás Zumalacárregui era de estatura de cinco pies y dos pulgadas: tenía la espalda un poco ancha y algo torcida. »De ordinario no llevaba la cabeza muy erguida, y antes por »el contrario, cuando caminaba á pié, marchaba con la vista »fija en el suelo, como si fuere ocupado de una profunda me- »ditación. Sus ojos eran claros y castaños; el mirar penetrante, »profundo como el del águila; su tez clara, la nariz regular, el »cabello castaño oscuro y áspero; en sus últimos años princi- »piaba ya á encanecerse, y lo llevaba por lo común muy corto, »La patilla unida al bigote favorecía en extremo á su fisonomía. »mostrándola tan singular, como belicosa: nunca se veía en »sus acciones ni público ni privadas, cosa que desmintiese »aquél aire de imperio con que la naturaleza le había dotado. »Zumalacárregui hablaba poco y no reía mucho: escuchaba »con particular atención á cuantos le dirigían la palabra, y »cuando daba audiencia, era tan enemigo de dejar negocios »pendientes y de hacer esperar á las personas (especialmente »desgraciadas), que se olvidaba hasta de comer. Jamás se sentó »á la mesa hasta no haber oído al último de los que deseaban »hablarle. Así, con frecuencia sucedía que la comida dispuesta »para el mediodía, le aguardaba todavía por la noche: esto »acontecía todas las veces que pasaba veinte y cuatro horas en »un pueblo. Sin embargo de haber residido en las principales »capitales de España ocupando el lugar brillante que pertenece »al jefe principal de un regimiento, Zumalacárregui frecuentaba »poco la sociedad. De él puede decirse, lo que Voltaire escribe »de Carlos XII rey de Suecia «que este retraimiento era efecto »de que todo entero se entregaba á los trabajos de la guerra.» »Más no se crea por esto que, cuando llegaba el caso, no sabía »conducirse con aquella galantería tan propia de la oficialidad »española: al contrario, era sumamente atento y urbano, y por »lo mismo que no hacía alarde de ello, resaltaban más sus »obsequios. Profesaba un odio implacable al juego y á la men- »tira. Su mayor diversión era la caza, siendo tal su pasión por »ésta, que dedicaba siempre á ella todo el tiempo que le de- »jaban libre sus obligaciones. De este ejercicio le provino, sin »duda, aquella soltura y agilidad de miembros que se le notaba, »pues algunas veces, especialmente en invierno, hacía á pie »jornadas enteras. El carácter de Zumalacárregui se resentía »con facilidad de su temperamento bilioso, y como el gran »Condé llevaba á mal se le contradijese. No obstante, tan pronto »como era en dejarse llevar de la impaciencia y aún del enojo, »era fácil en calmarse: los testimonios que podríamos citar, »aumentarían considerablemente este volúmen. Arrogante con »los soberbios mientras daban muestras de altivez, se abatía,

»hasta ponerse á su nivel, con los modestos para infundirles
 »el vigor que parecía habían perdido. Celoso por la religión
 »de sus abuelos, estaba muy lejos del fanatismo y de la hipo-
 »cresía. Trataba á todos según la moral de su conducta y ni
 »aún los eclesiásticos si estaban faltos de virtudes, hallaban en
 »él consideraciones particulares. Los talentos y la calidad de
 »las personas eran tenidos en grande aprecio por Zumalacár-
 »rregui. Como su afán le conducía á ser el primer autor de sus
 »disposiciones, nada hay que extrañar que fuese el artillero
 »que daba fuego al cañón, el ingeniero que hacía los recono-
 »cimientos, el polvorista que pintaba los mixtos, y hasta el cabo,
 »sargento, capitán ó coronel en sus funciones respectivas; los
 »más minuciosos detalles le llamaban la atención. Jamás ex-
 »pidió una orden ú oficio por escrito sin entregarlo por su
 »propia mano y examinar antes la inteligencia ó capacidad del
 »conductor, obligándole á repetir, palabra por palabra, lo
 »mismo que acababa de decir. Con tal observador ningún
 »hombre de mérito podía estar largo tiempo confundido,
 »ningún criminal impune, ningún adulador bajo otro disfraz.
 »Al contrario de lo que generalmente sucede, Zumalacárregui
 »conforme crecía en gloria y reputación, iba deponiendo la
 »gravedad de su aspecto; y no sólo al último soldado sino al
 »mendigo más miserable, se mostraba á toda hora accesible.
 »La generosidad era en él una virtud innata, y la energía la
 »cualidad más sublime de su carácter.»

(*Vida y hechos de D. Tomás Zumalacárregui*, por el General carlista D. Juan Antonio Zaratigui, capítulo VIII, páginas 392, 393, 394 y 395.)

Zumalacárregui en Huarte Araquil.

(Pág. 148.)

«Una lluviosa mañana de octubre de 1833 salió de Pamplona
 »un oficial de elevada talla, envuelto en holgado capote mi-
 »litar. Este oficial que al pasar frente á los centinelas recató
 »el rostro con el embozo del capote, no bien se halló á dis-
 »tancia de la muralla, marchó con aire resuelto camino de
 »Irúzun, y como á un tiro de cañón de la plaza, montó en un
 »caballo que allí encontró preparado, dirigiéndose á todo
 »galope hacia el pueblo de Huarte Araquil, en el que se
 »hallaban reunidas algunas fuerzas realistas. Descendió, una
 »vez llegado al pueblo, frente á una casa de buena apariencia,
 »y penetró en ella no sin que su presencia excitara la curio-
 »sidad de los transeuntes. Todos se preguntaban quién sería
 »aquel personaje de imponente figura y rostro severo, en cuyo
 »uniforme se veían brillar las divisas de coronel. Empero, la
 »ansiedad general no tardó en verse satisfecha, y el nombre
 »de Zumalacárregui comenzó á dejarse oír en todas las bocas.
 »Este apellido era entonces poco conocido aún, pero las cua-
 »lidades y antecedentes que se atribuían al que lo llevaba,
 »satisficieron á los más entusiastas por la causa de Don Carlos.
 »No es pues de extrañar, que el personaje recién llegado al
 »pueblo fuera acogido con respeto por las fuerzas en él reu-
 »nidas, y cuyo mando iba á tomar; pero lo que desde luego
 »admira, es que un jefe sin arraigo y sin renombre, comience
 »por dirigir á sus soldados arengas como ésta:

—«Desde mañana es imposible daros los dos reales de prest
 »como se ha hecho hasta hoy. La escasez que tenemos de
 »fondos no permite hacer por vosotros todo aquello que qui-
 »siéramos. Los únicos recursos con que contamos para prose-
 »guir la guerra, son los que ofrece el país, y éstos, la mayor par-
 »te se han consumido ya. Por lo tanto, os hago saber que en lo
 »sucesivo no se dará de paga más que un real de vellón diario
 »en vez de los dos que os tenían prometidos, y en esta misma
 »proporción se satisfará el sueldo á todas las otras clases. Si
 »después del arreglo que procuraremos introducir y de nuestras

»diligencias, adquiriésemos mayores fondos, debéis esperar
 »que se os aumentará la paga; mas por ahora es preciso re-
 »nunciar á los dos reales diarios.»

«El que así se expresó, demostraba tener gran corazón, y
 »los soldados que le oyeron en silencio y aceptaron tales con-
 »diciones, necesariamente tenían que ser soldado modelos.

(*La vida militar en España*, cuadros y dibujos de Cusachs, texto de Barado, pág. 221.)

Zumalacárregui en Elizondo.

(Pág. 149.)

«La primera entrevista de Don Carlos con Zumalacárregui
 »fué muy tierna y debió halagar extraordinariamente el amor
 »propio del general. Al considerar el Príncipe que este hombre,
 »sólo con la fuerza de su genio había sabido aunar elementos
 »opuestos y heterogéneos, sobreponerse á rivalidades mezquinas
 »y desbaratar á la cabeza de noveles soldados á cuerpos enteros
 »de tropas veteranas aguerridas, eclipsando la gloria de hábiles
 »y entendidos capitanes, no pudo dominar su emoción y se
 »arrojó en brazos del bizarro caudillo, manifestándole de la
 »manera más cordial, lo altamente satisfecho que se hallaba de
 »su comportamiento, pericia y denuedo.»

(*Galería militar contemporánea*, tomo 2.º, pág. 70.—Ma-
 drid 1846.)

Zumalacárregui herido.

(Pág. 152.)

«El sol hacía sentir muy fuertemente su acción, se incomo-
 »daba bastante al general, á quien se colocó en una cama de so-
 »fá, cubriéndola con un toldo blanco. Llevaban la cama doce
 »granaderos, é iban de reserva veinte y ocho para relevarse
 »de trecho en trecho. Una tristeza sombría y profunda se
 »hallaba retratada en la fisonomía de los que acompañaban al
 »general, y en cuantos sabían la fatal nueva, pero procuraban
 »reprimir esta expresión de dolor. Los habitantes de los pueblos,
 »impelidos de una solicitud tierna y cariñosa acudían en tropel
 »á enterarse del estado del caudillo guipuzcoano; alguno de
 »aquellos soldados, acostumbrados á desafiar la muerte con
 »frente serena y ánimo esforzado en cien combates, dejaban
 »correr furtivamente algunas lágrimas y contestaban con un
 »movimiento de cabeza á cuantas preguntas se les dirigían.»

(*Galería militar contemporánea*, tomo 2.º, pags. 75-76.—
 Madrid 1846.)

Iglesia de Nuestra Señora de Begoña y casa en que fué herido Zumalacárregui.

(Pág. 153.)

Para que nuestros lectores puedan tener una cabal idea de
 tan memorable sitio, acompañamos la vista de la célebre *casa*
denominada de Quintana, en cuyo balcón del centro recibió
 Zumalacárregui la herida.

Dicha casa, inmediata á la iglesia de Begoña, se comunicaba
 con ésta por medio de un camino cubierto que en la misma
 vista se demuestra y por el cual fué retirado Zumalacárregui
 después de herido.

En las págs. 156 y 157 presentamos varios tipos de volunta-
 rios de la primera guerra civil, de aquellos heróicos soldados que
 tantas veces guió Zumalacárregui á la victoria. El primer gra-
 bado representa una emboscada de las fuerzas carlistas al
 mando de Zumalacárregui contra un destacamento enemigo.

Imp. «La Ilustración» á c. de Fidel Giró Paseo San Juan, 168.